



Angélica Rojas Cortés, (2012). *Escolaridad y Política en Interculturalidad: Los jóvenes wixaritari en una secundaria de huicholes*, Guadalajara, Jalisco, Editorial Universitaria, Universidad de Guadalajara, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

El libro *Escolaridad y Política en Interculturalidad: Los jóvenes wixaritari en una secundaria de huicholes* escrito por Angélica Rojas es una publicación reciente realizada por la Universidad de Guadalajara, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente y el Centro de Investigaciones

y Estudios Superiores en Antropología Social. Producto de una tesis para obtener un grado académico, esta es una obra de suma importancia ya que es una de las primeras investigaciones realizadas en torno a los proyectos de educación indígena surgidos después del movimiento indígena derivado del levantamiento zapatista de 1994. La secundaria huichola que aborda Angélica Rojas fue de las primeras experiencias de apropiación o de etnogénesis educativa en un contexto histórico en el que se gestaban las demandas de los nuevos movimientos étnicos. Es por ello que, como bien señala la autora, el proyecto de la secundaria no surgió en el seno de una intelectualidad huichola que conociera con claridad los rumbos y fines de la misma, como sí ocurriría años después con otros grupos indígenas (mixes, purépechas, etc.), sino que fue un proyecto que se fue gestando sobre la marcha, a través de una “racionalidad” de lo étnico que Rojas Cortés explica a lo largo del texto.

A través del análisis de una institución escolar, la autora articula varias dimensiones implícitas en los procesos educativos: la socialización, los cambios y diálogos culturales, así como las negociaciones políticas. El eje político es el que atraviesa de manera más clara todos los capítulos del libro; sin embargo, no se trata de un eje situado dentro de las cúpulas formales y oficiales que dieron origen a la secundaria, sino en una serie de acciones y discursos cotidianos que involucran a todos los sujetos de esta institución donde entran en juego significados que son negociados y apropiados constantemente. En este complejo entramado de relaciones políticas, Angélica Rojas otorga un peso especial a los propios jóvenes, a sus experiencias y expectativas sobre la escuela, las cuales muchas veces no coinciden con el mensaje político de los planeadores de este proyecto.

El libro está dividido en cinco capítulos que muestran los niveles de análisis de la autora con respecto a la secundaria: 1) el nivel macro, en el que aborda los procesos históricos de la educación así como del movimiento indígena en el país; 2) el intermedio, en el que analiza el contexto local de la sierra huichola así como el origen de la institución escolar. Este nivel lo resaltaré la autora en sus conclusiones finales ya que lo considera como el articulador de la problemática educativa; y 3) el nivel intra, en el que explica los cambios culturales y políticos que atraviesa el proyecto educativo enfatizando en los conflictos y negociaciones entre los diversos actores involucrados.

En la parte introductoria del texto, la autora plantea claramente sus objetivos y su postura teórica para abordar la temática. El apartado teórico está sólidamente construido a partir de las dimensiones de la educación intercultural: la socialización, la etnicidad y la política, y finalmente el tema de las culturas. El primer concepto le permite problematizar el papel que juega la escuela en la conformación de un ser social que se va definiendo en la interacción cotidiana y mediante la interiorización de diversos mundos, en este caso, la autora resalta la falta de relación entre la familia, la comunidad y la escuela que históricamente ha caracterizado a la educación indígena.

Por su parte, la etnicidad, entendida como un conjunto de relaciones y un modo de conciencia que se construye a partir de una clasificación de las diferencias culturales y se enmarca en contextos históricos específicos le permite a la autora analizar el carácter colectivo y asimétrico de la ideología y la acción de los sujetos indígenas. Para entender el origen así como las primeras experiencias de la secundaria resulta necesario conocer cuáles son estas acciones y discursos que pretendieron modificar las relaciones étnicas y por lo tanto implicaron un proyecto político en construcción. Finalmente el concepto de cultura lo aborda para enfatizar en la construcción de significados y conocimientos escolares como premisas fundamentales para un diálogo intercultural. En el caso específico de la secundaria analizada, la autora señala que surgió como una estrategia intercultural de defensa, ya que los huicholes tenían sus propias concepciones sobre el no huichol que influyeron en los orígenes de esta institución.

El primer capítulo relacionado con el contexto histórico sobre la educación y los movimientos indígenas logra introducir al lector en el momento en que surge la secundaria huichola. Hace una revisión de los autores clásicos y las etapas fundamentales de la educación indígena hasta llegar al contexto actual de reconocimiento a la diversidad cultural en las escuelas. En el capítulo 2, titulado “Escenarios y actores” Angélica Rojas reconstruye el contexto regional y local de los huicholes, así como de sus experiencias previas de escolarización en el espacio de estudio, en este caso en San Miguel Huaixtita. Va mostrando la historia de los huicholes en la sierra así como el

trayecto de la escolarización en la región hasta llegar al proceso formativo del centro educativo Tatutsi Maxakwaxi. Se enfatiza en el tipo de relaciones interétnicas y aborda las representaciones de los huicholes hacia los no huicholes y viceversa gracias a lo cual se teje el telón de fondo que explicará el surgimiento de este proyecto escolar. Las comunidades huicholas de la sierra de Jalisco suelen contar con poca presencia de mestizos –a excepción de los religiosos- sin embargo, han sido aquellos que han salido de las comunidades, se han profesionalizado y luego adscrito a la burocracia indigenista los que construyeron el proyecto de la secundaria. Es este sector el que se ha vinculado con movimientos como el EZLN y ha gestionado apoyos para el proyecto educativo con las autoridades escolares y las asociaciones civiles. Son estos maestros los que se posicionan como un ejemplo para los jóvenes que asisten a la secundaria, estos líderes fueron incluso los encargados de darle un sentido étnico a la escolarización, es por ello que la conciben “como una necesidad”. Rojas Cortés no pierde de vista los conflictos de interés que existen alrededor de la secundaria. El grupo gestor no es presentado como homogéneo, sino con divisiones y diferencias en torno a las orientaciones de la secundaria. Además los “receptores” de este proyecto, es decir, los jóvenes y la comunidad en general, también tienen un papel activo en este sentido. Por otro lado, también se visibiliza el papel que ha jugado las organizaciones no gubernamentales mestizas en la consolidación de este tipo de proyectos, gracias a las cuales, la misma autora se relacionó con esta secundaria.

En el tercer capítulo, la autora aborda las expectativas y los dilemas “no previstos” que se vivieron a nivel familiar y comunitario con la llegada de esta secundaria. Resultan muy interesantes las transformaciones que provoca un proyecto de este tipo, como el hecho de que San Miguel sea ahora una comunidad altamente estudiantil a la que llegan jóvenes de otras localidades. Esta comunidad no sigue el clásico proceso de abandono derivado de la migración indígena, sino que ha resultado un proceso inverso, ahora los jóvenes le otorgan mayor dinamismo y la comunidad en general se enfrenta a nuevos problemas que alteran las prácticas culturales. A través de las descripciones etnográficas Angélica Rojas muestra cómo el tema de los jóvenes deja de ser exclusivo del ámbito familiar y privado, para convertirse en algo público y comunitario. Los jóvenes están experimentando dilemas en cuanto a sus relaciones de noviazgo, expectativas de vida, relaciones familiares, actividades agrícolas, entre otras. Las familias van realizando ciertas estrategias para resolver estas problemáticas, por ejemplo, dividen las actividades en función de la edad y el género de los hijos, a unos los mandan a estudiar mientras a otros los mandan a la milpa; a las mujeres las encaminan hacia el trabajo doméstico, mientras que a los varones a estudiar. Otra de las “provocaciones” de la escuela tiene que ver con las expectativas de los padres y de los mismos jóvenes sobre la posibilidad de romper con las desigualdades que traducen como “desventajas” o “carencias” con respecto

a la sociedad mayoritaria. Es por ello que el principal motivo para el ingreso a la secundaria es la adquisición del español; pero conforme van avanzando en los niveles escolares, los alumnos van adquiriendo cierta orientación pedagógica y política que transforma el sentido que dan a la escolarización. Ya no es solamente un espacio para la compensación, sino para la revitalización de su pertenencia étnica.

En el cuarto capítulo la autora analiza con más detenimiento el eje político de la escolarización. Si bien hasta el momento lo había considerado dentro de los conflictos de intereses de los múltiples actores involucrados en la escuela (maestros, directivos, comunidad, jóvenes, autoridades de la Secretaría de Educación Pública, asociaciones civiles, órdenes religiosas, etc.), en este capítulo abordará la dimensión política desde prácticas escolares específicas que se han ido construyendo con la marcha. No sólo para los Estados Nacionales la escuela es un instrumento político para difundir las ideas nacionalistas mediante rituales institucionalizados (como los honores a la bandera, las festividades cívicas, etc.); sino que para las autoridades huicholas que se apropian de esta institución, la escuela también representa un espacio para la formación de valores y prácticas que refuerzan la etnicidad del grupo. La autora muestra esto mediante una detallada etnografía de las prácticas ritualizadas en la secundaria, las cuales confluyen con las prácticas locales a través de selecciones, renuncias y negociaciones de lo étnicamente pertinente para un grupo de huicholes. Me parece sumamente sugerente cómo la autora plantea la dificultad de racionalizar los elementos de la identidad étnica. Hacer consciente y explícito lo que las autoridades huicholas entienden por “su cultura” para traducirla en contenidos y prácticas escolares es uno de los principales hallazgos de esta investigación. Por otro lado, en este capítulo queda claro cómo la escuela promueve cierto tipo de “cultura huichola” pero a la vez limita la participación de ciertas prácticas culturales por sus exigencias en tiempo y espacio (como la asistencia a peregrinaciones, la participación de los jóvenes en la siembra, etc.). La autora evidencia que hay conflictos intergeneracionales entre los huicholes, un elemento que también he podido constatar en el trabajo de campo en comunidades tenek de la Huasteca, en donde los jóvenes cada vez tienen menos posibilidades de insertarse en la dinámica de sus comunidades por su escasa participación política, por la falta de diálogo con los mayores, porque no tienen acceso al control de las tierras hasta que llegan a una edad adulta, porque ya no participan en el sistema de herencia de tierras, entre otros.

En el último capítulo la autora muestra cómo se va configurando la dimensión política de la etnicidad desde las escuelas a través de la impartición de conocimientos seleccionados como relevantes, la realización de prácticas como las asambleas de alumnos y mediante la difusión de discursos sobre la defensa política del territorio y los derechos de los huicholes. Con este

capítulo cierra su propuesta de analizar la dimensión política de la educación intercultural no sólo entendida en términos de las planeaciones formales, sino en la política que se vive cotidianamente y se define con la práctica, que se construye “desde abajo”, desde la posición social de los diversos sujetos que componen el entramado educativo, desde las actividades dentro y fuera de la escuela encaminadas a formar a cierto sujeto político. La autora muestra que con los procesos de apropiación se forman también los de politización del entorno escolar, esto debido a que “no se puede entender el actuar de los huicholes sin el marco de relaciones que enfrentan con el Estado y sus instituciones”. Finalmente, esta obra resulta aportativa porque logra articular los procesos políticos y culturales que se desencadenan a partir del surgimiento y consolidación de un proyecto educativo en una comunidad indígena. Esta es una obra que registra una de las primeras experiencias concretas de reivindicación étnica post-zapatista que no necesariamente se vinculaba a este movimiento pero que sí compartía propuestas afirmativas que fueron puestas en marcha no sin una serie de conflictos y tensiones vividas en el día a día por parte de todos los sujetos involucrados en este proyecto educativo.

Mónica Lizbeth Chávez González
ENES, UNAM, México